

que la juventud trae consigo al definirse, y que es como el adiós amigo á la aturdida adolescencia, habíanla asaltado miedos de morir sin gustar una vez siquiera el ósculo redentor de toda su vida tan injustamente negra.

Aquel otoño habíalos fraternizado más en largas lecturas, que eran vidas de santos sangrientas de heroísmos y singularizadas por geografías monstruosas ; pero un día, aciago día, el malvado cuyos diez años de goce infernal exigían por fin el desenlace de la sangre, puso al alcance de sus penas la galante colección del *Novellino*.

¿Cuántas leyeron de aquellas cien narraciones halladas por ahí, al azar, en una alacena? Quizá pocas, desde que tanto llegó á turbarlos la de Lanzarote del Lago.

Fué en el balcón que abría sobre el poniente la alcoba de la castellana, durante un crepúsculo cuya divina tenuidad rosa empezaba á espolvorear, como una tibia escarcha, la vislumbre de la luna. Desde aquel piso, que era el segundo, se dominaba todo el paisaje condensado como un borrón de tinta bajo la luz lunar. Las densas cortinas obligábanlos á unirse mucho para aprovechar el escaso vano abierto sobre el cielo. Juntos en el diván, el libro unía sus rodillas y aproximaba sus rostros hasta producir ese rozamiento de cabellos, cuya vaguedad eléctrica inicia el vértigo de la tentación. Sus pies casi se tocaban, compartiendo el escabel. Sobre la inmensa chimenea, una licorera bizantina que

acababa de regalarlos con el delicioso licor de Zara, despedía en la sombra de la habitación el florido aroma de las guindas de Dalmacia.

Ya no leían ; y así pasaron muchas horas, con las manos tan heladas sobre el libro, que poco á poco se les fué congelando toda la carne. Sólo allá adentro, con grandes golpes sordos, los corazones seguían viviendo en una sombría intensidad de crimen. Y tantas horas pasaron, que la luna acabó por bañarlos con su luz.

Galeoto fué el libro...—dice el poeta.—¡ Oh, no, Dios mío ! Fué el astro.

Miráronse entonces ; y lo que había en sus ojos no era delicia, sino dolor. Algo tan distante del beso, que en ello cabía la eternidad. El alma de la joven asomábase á sus ojos deshecha en llanto como una blanca nube que se vuelve lluvia al fresco de la tarde. ¡ Y aquellos ojos, oh, aquellos ojos negros como dos golondrinas de la Pasión, qué sacrificios de ternura abismaban en el heroísmo de su silencio ! ¡ Ay, vosotros los que sólo en la dicha habéis amado, envidiad la tortura de esos amantes que, en el crepúsculo llorado por las esquilas, gozaban, padeciendo de amor, toda la poesía de las tardes amorosas, difundida en penas de navegantes, de ausentes y de sentimentales peregrinos, como en el canto VIII del Purgatorio :

Era già l'ora che volge 'l disio.
A' naviganti, e'ntenerisce il cuore
Lo di ch' han detto a'dolci amici a Dio;

E che lo nuovo peregrin d'amore
Punge, se ode squilla di lontano
Che paia 'l giorno pianger che si muore.

Pálidos hasta la muerte, la luna aguzaba todavía su palidez con una desoladora convicción de eternidad; y cuando el llanto desbordó en gotas vivas — lo único que vivía en ellos — sobre sus manos, comprendieron que las palabras, los besos, la posesión misma, eran nada como afirmación de amor, ante la dicha de haber 'llorado juntos.

La luna seguía su obra, su obra de blancura y de redención, más allá del deber y de la vida...

Una sombra emergió de la trasalcoba, manchó fugazmente el pavimento de lozas blancas y negras, se escabulló por la puertecilla que daba acceso al piso, y por él á la torre. Era el enano del castillo.

Malatesta se hallaba en la torre por no sé qué consulta de astrología; pero todo lo abandonó, descendiendo la escalera interior hasta la planta donde estaba la alcoba de la castellana; hasta debió correr para llegar á tiempo, pues era la pieza más distante de la torre.

El éxtasis duraba aún; pero los ojos, secos ahora, brillaban como astros de condenación con toda la ponzoña narcótica de la luna. Aquella palidez desencajada tenía el hielo inmovible de la fatalidad, y una pureza absoluta como la muerte, los aislaba en la excepción de la vida.

Materialmente no habían pecado, pues ni á

tocarse llegaron, ni á hablarse siquiera; pero el esposo *vió* en sus ojos el adulterio con tan vertiginosa claridad, con tal consentimiento de rebelión y de delito, que les partió el corazón sin vacilar un ápice. Y el pergamino le halla razón, á fe mía.

FIN

CAROLINA ALFONSO

1880

CASILLA ALFONSO
MEXICO

CASILLAS ALFONSO

1810

